

depósito de cadáveres; pero ni aun los cuerpos destrozados que se exhiban en el hospital serán suficientes para reconstruir con el mayor realismo esos accidentes.

No hay artista capaz de pintarnos una de estas tragedias. Sería necesario valernos del cine sonoro, para sincronizar los gritos y lamentos; las sacudidas y los desesperados esfuerzos de las víctimas que tratan de sostenerse en pie, después de un choque; las expresiones de estupor al ver los miembros destrozados; el horrible espectáculo que ofrece el cuerpo de un niño con los huesos triturados; la insistente imagen de una mujer histérica que grita, cegada por la sangre que escurre por sus mejillas.

Los detalles secundarios consistirán en huesos astillados que asoman por entre la carne; superficies de color rojo intenso que sangran, donde la ropa y la piel fueron rasgadas simultáneamente.

Si en cada tramo difícil del camino pudieran exhibirse, como advertencia, los espectros de una catástrofe: ayes y gemidos, el espectáculo accidental de diez o quince cuerpos ensangrentados, inmóviles, horriblemente mutilados, tirados sobre la yerba, quizás eso pudiera servir de escarmiento.

Cierta vez, un vigilante de tránsito detuvo en una carretera a un automovilista, por exceso de velocidad; fue tanto lo que alegó al representante de la autoridad, que éste lo dejó marchar, para no amargarle el paseo con la familia; pero le advirtió que, de seguir así, no viviría mucho tiempo. Cincuenta kilómetros más allá del lugar de este incidente, se encontró al mismo automóvil convertido en un montón de hierros torcidos, con todos sus ocupantes muertos. La identificación del coche sólo pudo hacerse por el color rojo de la carrocería. Tal escena

hubiera causado espanto y entereza.

Quizá nuestros lectores, en vez de una impresión desagradable, al leer esto, se sentirán que crean tener la serenidad necesaria para exponer su vida y la de sus familiares, al haberán tenerla para seguir adelante, ya escarmentado ante un espectáculo de algo esta macabra.

Como un gato, es traicionero el trabajo comprender que los accidentes más mortíferos que existen, no son los que ocurren a una velocidad de 100 kilómetros por segundo—; velozes, sino que vienen con una injustificada responsabilidad, en el vehículo y en los reflejos humanos, que se convierte en un monstruo.

Cada variedad de acción, como una caída de costado, ocasión fatal para la dirección del vehículo, y fatal, también, porque los ocupantes se ven lanzados a la velocidad que llevaban, en un ángulo del interior del vehículo, en proyectiles que golpean directamente el cuerpo, una vez que se ha contrarrestado la imperativa.

En un choque automovilístico, cualquier cosa, inclusive esas cosas que se oye hablar de accidentes, salieron con ligeras rozaduras, tales de un auto; pero no en peligro de muerte.

Recientemente la auto de un coche que había ro-